

apoyaban sus amonestaciones prudentes por envidia y por temor de abrir, con un régimen más moderado, el camino á la restauración de la temida constitución. De este modo pudo Fernando VII negar tranquilamente su aprobación á los empréstitos hechos en su nombre por las cortes y estafar á los acreedores del Estado, convirtiendo un empréstito en deuda consolidada, con mucha ventaja, pero aparente, para los acreedores, porque bajo mano volvió á vender los títulos recogidos del empréstito.

Los sucesos ulteriores probaron que la intervención armada hecha en la península con el objeto de consolidar el principio de legitimidad, fué, en realidad, el primer paso dado en dirección contraria.

CAPITULO II

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN GRECIA

El golpe principal que conmovió y luego destruyó el edificio de la Santa Alianza, que acababa de concederse á sí misma la dirección suprema de nuestro continente, procedió del Sudeste, es decir, de la península balcánica, habitada por un pueblo compuesto de elementos heterogéneos, griegos, albaneses, eslavos y semi-eslavos, que desde la invasión turca habían sido tratados por los conquistadores como vencidos. Los turcos, admirables como conquistadores, habíanse mostrado enteramente incapaces de formar una nación homogénea y asimiladora. Seguían al principio de nuestro siglo como en la época de la conquista, siendo invasores implantados entre los pueblos sometidos, de raza, religión y costumbres enteramente distintas de las turcas. Ocupaban militarmente los países conquistados como enemigos vencedores, sin cuidarse ni remotamente de los deberes que un gobierno permanente tiene interés y obligación de cumplir respecto de sus súbditos. Para los turcos, los pueblos cristianos conquistados no eran más que rebaños de esclavos sin derecho ni voluntad propia, que no se vendían todos porque no convenía.

Esta trágica y abyecta condición no llegó á matar el vigor del pueblo helénico, el cual ofreció al mundo asombrado el espectáculo sin igual de erguirse así á su pasado grandioso, inmortalizado por la historia. El pueblo griego renació á una nueva vida después de haber estado borrado de la lista de las naciones independientes durante veinte siglos y cuando al cabo de infortunios y calamidades las más terribles que concebirse pueden, parecía estar exterminado para siempre hasta en sus restos miserables.

Los griegos modernos conservan, sin embargo, poquísimas analogías con los antiguos, que fueron los maestros de los pueblos. La pureza de la sangre, que tanto se esforzaron por conservar los antiguos helenos, desapareció por efecto del cruzamiento con tantos elementos extranjeros, y la masa principal de la nación griega actual es de raza albanesa grecoizada con una fuerte proporción de sangre eslava, excepto en algunos puntos retirados, donde se han conservado algunos insignificantes restos helénicos puros ó en que predomina la sangre helénica. Esto en cuanto á la parte física. En la parte moral sucede una cosa análoga; cuatro siglos de esclavitud abyecta dejaron su sello en el carácter é índole de este pueblo, en cuyo tiempo retoñaron exuberantes las cualidades malas de sus antepasados, como el egoísmo, la envidia, la falacia y la tendencia á la división, ahogando las virtudes ó perjudicando á su desarrollo; pero lo que ningún despotismo, ninguna abyección, ninguna presión, ni la de los siglos, han podido destruir, es el sentimiento de la nacionalidad. Los lazos poderosos á que se debe esta extraordinaria cohe-

sión moral son el idioma y la religión, que ya en remotísima antigüedad mantuvieron una unidad intelectual entre la madre patria y las numerosas colonias dispersas y algunas muy distantes. En siglos más modernos la religión cristiana estuvo representada visiblemente por el patriarca de Constantinopla, revestido hasta por los sultanes de muy amplios poderes por la influencia que tenía sobre sus fieles, y así se conservó el sentimiento de la comunidad de intereses nacionales. Mucho ayudó también la facilidad con que el gobierno turco ha abandonado siempre la administración de los intereses interiores y locales á pueblos y distritos, que elegían libremente sus alcaldes, jefes de distrito y demás administradores, tanto que muchas islas solo tenían que pagar al sultán un tributo anual en dinero ó en hombres para la marina imperial.

Todas las tentativas de sacudir el yugo turco habían conducido tan solo á un aumento de opresión, y la misma emperatriz de Rusia Catalina II, había abandonado al furor bárbaro de los turcos á los infelices griegos después de haberlos hecho excitar por sus agentes á sublevarse. No obstante, desde este último descalabro empezó á notarse un movimiento enérgico en la nación griega, y bajo la protección rusa y durante las revoluciones y guerras de independencia renació con asombrosa rapidez la antigua pericia marítima y el no menos antiguo espíritu mercantil de la raza griega. En 1816 constaba la marina griega de seiscientos buques con 6,000 cañones, tripulados por 17,000 marineros hábiles y fogueados en las continuas luchas con los piratas. Las islas peñascosas de Hidra, Spetsae y Psara tenían fama de dar los mejores marinos. En las grandes ciudades marítimas del Mediterráneo se fundaron importantes casas de comercio helenas y en las islas griegas florecía el comercio y prosperaba la industria, todo unido á un verdadero renacimiento moral de las poblaciones griegas y sobre todo y como foco, de los fanariotas, descendientes de la antigua aristocracia bizantina, enriquecidos, no siempre de un modo estrictamente legal, en la administración y recaudación de impuestos, en las cuales el gobierno turco solía emplearlos. Entre ellos descollaban las familias de Ipsilanti, Sutso y Maurocordatos. Este último, agraciado con la dignidad de príncipe por el emperador Leopoldo de Austria, y su hijo Nicolás, el primer hospodar de Valaquia de origen griego, hicieron nobles y fructíferos esfuerzos para la purificación y el cultivo del idioma griego, para la educación é instrucción del pueblo, con la creación de muchas escuelas, y para el fomento de la literatura neogriega. Literatos notables eran también Atanasio Ipsilanti, Bulgariis y Teotokis, ambos naturales de Corfú, y Rigas, el poeta tesalónico; gran número de jóvenes griegos pasaron en busca de instrucción á las universidades del Occidente, de suerte que este restituyó en cierta manera al pueblo griego la cultura que debía á las obras de los antiguos helenos. Adamantio Corais (Coray), el fundador de la ortografía del griego moderno, que nació en 1788 y murió en 1833 en París, hizo muchísimo por su lengua patria, el griego moderno, y supo comunicar su entusiasmo por las glorias antiguas de su raza á la juventud griega.

La noticia de la expedición francesa al Egipto bajo las órdenes del entonces general Bonaparte, llenó de indescriptible júbilo al pueblo griego, excitado ya por la voz de la redención de los pueblos, lanzada á todos los vientos por la república francesa. ¿Por qué no había de esperar el pueblo griego ser redimido también del yugo turco? En esta creencia fundó el ya citado Rigas en su ardor patriótico, á últimos del siglo pasado (1797), en Bukarest, la sociedad secreta *La Heteria* (sociedad de amigos); pero al año siguiente cayó, en Trieste, con cinco compañeros en manos del gobierno austriaco, que los entregó al bajá turco de Belgrado, donde murieron todos,

Rigas fusilado y los otros ahogados en el Danubio. Sin embargo, no murió con ellos la semilla de la libertad griega, que se propagó y multiplicó lenta pero seguramente.

Las reformas interiores del sultán Selim y la benevolencia con que miró los asombrosos esfuerzos de los griegos para levantar su decaída raza por medio de la instrucción; la creación de la república de las islas Jónicas bajo el protectorado de Inglaterra, que declaró idioma oficial el neo-griego; la sublevación de los serbios, las guerras europeas y el creciente contacto de los griegos con las naciones occidentales, contribuyeron á robustecer el sentimiento y la energía nacionales en el pueblo griego, diseminado por todo el imperio turco. Pero llegó la paz y con ella el congreso de Viena, que nada quiso hacer por los pueblos cristianos que vivían bajo el yugo turco; lo único que pudo conseguir el ya citado conde de Capodistria de su soberano el czar Alejandro, del cual era ministro y secretario íntimo, y de algunos otros potentados, fué una sombra de protección para la sociedad filomusa fundada en 1812 en Atenas y de la cual Capodistria era presidente. Esta sociedad se ocupaba en la conservación de las obras antiguas y en reunir las en un museo, y fundó una biblioteca, escuelas y otros institutos patrióticos para el fomento de la instrucción.

Mayor importancia adquirió todavía otra sociedad llamada *Heteria de los filicos*, fundada en 1814 en Odesa por tres comerciantes griegos, y cuyo objeto nacional y político era constituir un imperio griego sobre las ruinas del turco con Constantinopla por capital, objeto que los fundadores ocultaron al principio detrás de otro análogo al de la sociedad filomusica. La organización era imitada de la francmasonería; los mismos iniciados ignoraban quién era el jefe supremo, pero indicaciones misteriosas de los fundadores daban á entender que el jefe no era sino el mismo czar, con cuya mentira ganó la sociedad muchos adeptos y un crédito que en el fondo no merecía. En 1818 estableció su dirección en Constantinopla y se organizó más sólidamente; envió emisarios á todas las provincias habitadas por griegos y ganó adeptos como los príncipes Nicolás y Alejandro Maurocordatos, Jorge y Demetrio Ipsilanti, el arzobispo Germanos, de Patras, y el mismo venerable patriarca Gregorio de Constantinopla. En menos de un año estaba ramificada la sociedad por toda la Morea, sin exceptuar la tribu montaraz é indómica de los mainotas, en sus madrigueras de la Laconia, que olvidó sus disensiones interiores en favor de la causa común.

Habiendo tomado la sociedad esta extensión necesitaba imperiosamente un jefe efectivo, idóneo y de representación. La dirección secreta puso la mira en Capodistria y en el joven príncipe Alejandro Ipsilanti, que en 1813 se había distinguido mucho en el ejército ruso y era como Capodistria bien quiso del emperador. Dirigióse primeramente á Capodistria, en febrero de 1820, época la más desfavorable para decidir al conde, el cual contestó en efecto negativamente, porque mejor que nadie conocía la aversión profunda del czar á todo cuanto tuviese carácter de revolución, especialmente desde los sucesos ocurridos en la península ibérica. Ipsilanti, en cambio, aceptó con entusiasmo patriótico, con mucha ambición personal y sin mirar en sacrificios, pues que se jugaba en la empresa toda la hacienda, que era grandísima, de su familia. Nombrado generalísimo, dejó su guarnición y con el pretexto de tomar baños se dirigió á Odesa, y desde allí á la Moldavia, donde el jefe de panduros búlgaros Uladimiresco, se había sublevado contra el gobierno turco.

Los sucesos posteriores probaron que Ipsilanti, á pesar de su patriotismo sincero y puro, no tenía para su difícil misión las cualidades más indispensables, á saber, iniciativa,

criterio propio, perspicacia, calma y prudencia. La sociedad por otra parte había exaltado los ánimos de los griegos hasta un grado que no permitía aplazar la sublevación so pena de exponerse á que fuese descubierta toda la trama por algún estallido prematuro; pero nadie había pensado en los preparativos materiales, mecidos como estaban todos en la dulce confianza del auxilio de la Rusia, su correligionaria. Quiso entonces la suerte que la guerra imprevista del sultán con uno de sus vasallos más poderosos, el bajá Alí de Janina, viniera al socorro de la causa griega. Alí, descendiente de una familia albanesa que en otro tiempo se había convertido al islamismo, era un monstruo abominable, pero al propio tiempo un hombre de talento como pocos. Con su valor, su habilidad, su perseverancia inquebrantable en los mayores reveses y su espantosa frialdad en la elección de medios, se había elevado de señor de su ciudad natal de Tepeleni sucesivamente á bajá de Janina y á dueño de todo el Epiro, de Acarnania y de Tesalia. En todos estos territorios había reducido á la impotencia á los señores feudales, tan poderosos como penderos, introduciendo con un orden severo la seguridad personal, desarrollado la riqueza del país y abierto al comercio los puertos, todo con medidas despóticas y brutales, sin consideraciones de ninguna clase. El nombramiento de su hijo Velí para el bajalato de Trípolita le permitió asentar el pié también en Morea, donde solo le ofrecieron resistencia seria, desesperada y tenaz los suliotas, población montañesa poco numerosa, que finalmente sucumbieron también en 1803. Refugiados en el fuerte de Kiafa tuvieron que capitular; pero Alí, después de haberles prometido paso libre, cayó sobre ellos en su retirada é hizo acuchillar á casi todos. Los pocos que escaparon de manos de los turcos se refugiaron en las islas Jónicas, adonde se les unieron después, en 1819, los habitantes de la plaza fuerte de Parga huyendo del dominio de Alí, que entonces se hallaba en el colmo de su gloria. El aumento de prosperidad que había creado Alí en la Albania ó Epiro era asombroso; pero á medida que la riqueza del país se desarrollaba, se grecoizaron los habitantes y se aficionaron á la cultura superior griega, mientras los griegos adoptaron de los albaneses la fustanela ó camisa acabando en falda blanca y corta y la hicieron su traje nacional. La capital Janina, residencia de Alí, tomó el aspecto de una ciudad griega y hasta era más brillante que todas ellas, y muchos de los servidores de Alí, como Odiseo de Itaca, Caraiscakis de Epiro, el médico Juan Collettis, hijo de padres valacos del Pindo, y otros, fueron más adelante jefes principales en la guerra de la independencia griega y emplearon contra los turcos lo que habían aprendido en la escuela del feroz Alí.

Poco duró la gloria de este hombre, porque como sucede siempre en Turquía con los vasallos excesivamente poderosos, comenzó á hacer sombra al sultán, el cual le puso fuera de la ley, en julio de 1820, por haber Alí atentado á la vida del seraskier ó ministro de la Guerra Ismail-Bajá. Desde entonces todos los servidores del sanguinario déspota le abandonaron sucesivamente, y Alí, acosado por el mismo Ismail, se encerró en su capital Janina, donde se defendió tenazmente. Viendo Ismail que nada adelantaba con el sitio, llamó á su campamento á los enemigos mortales de Alí, á los suliotas, á quienes diez y siete años antes había arrojado de su país después de degollar infamemente á la mayor parte de ellos. Pronto se presentaron 800 guerreros suliotas acudidos por el joven y valiente Marcos Botzaris. Siguiendo las instrucciones de la sociedad secreta de que antes hablamos, los suliotas no acudieron para ayudar á los turcos ni para vengarse de Alí, sino para aprovechar la guerra entre ambos en favor de la causa griega. Por eso bastó la promesa de Alí